

de la época. significaban el llamado incipiente “[...] de un nuevo estado de conciencia colectivo hacia una música nacionalista a través de la fijación definitiva de un elemento intransigente como es la música popular”. La intransigencia de que habla el musicólogo brasilero se plantea como la oposición a los modelos europeos a los cuales acude, sin embargo, para plantear nuevas opciones. En otros frentes el libro abunda en detalles. A través de ellos llegamos a saber, por ejemplo, que el primer piano —“símbolo de las más altas cualidades del arte musical”— llegó a Medellín en 1825 adquirido por el acaudalado hombre de negocios Juan Uribe Mondragón de cuyo “talento específico para las artes no se tiene noticia” (pág. 67).



La única mención a músicos populares se consigna de manera esquemática a través de una cita del libro de Alejandra Isaza —*La música en la época colonial*— según la cual se sabe que “[...] trabajaban también como artesanos, eran carpinteros, zapateros, eran plateros (y que) se hacían contratar de parte de alguna persona que necesitara músicos para alguna festividad”.

En este tono transcurre el libro de Luis Carlos Rodríguez en el que Antioquia y Medellín parecen mantenerse aisladas de todo aquello que transcurre en el resto del país.

El “proyecto cultural foráneo” y su persistencia en el ideario de mineros y comerciantes, debe ser la causa del escaso desarrollo de la vida

musical antioqueña en términos más elaborados, la cual se ha caracterizado por la intermitencia de proyectos basados en esos mismos términos, es decir, “clásicos” —frente a la existencia de manifestaciones populares y rurales que recuerdan a cada momento el origen primordial que sostiene los aspectos más singulares de la sociedad antioqueña de nuestros días. El libro de Rodríguez y otros que se han ocupado de tema semejante— y nos alertan acerca de una situación que todavía aspira a reflejarse en ese proyecto cultural foráneo decimonónico.

CARLOS BARREIRO ORTIZ

Martínez Sanabria en un país de artesanos

De la arquitectura orgánica a la arquitectura del lugar en las casas Wilkie (1962) y Calderón (1963) de Fernando Martínez Sanabria (Una aproximación a partir de la experiencia)

Germán Darío Rodríguez Botero
Universidad Nacional de Colombia
(Sede Bogotá), Facultad de Artes,
Colección Punto aparte, Bogotá, 2007,
232 págs.

Es esta la Tesis de grado para obtener su maestría en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad del arquitecto Germán Darío Rodríguez en la Universidad Nacional de Colombia. El autor realiza una semblanza del arquitecto Fernando Martínez Sanabria, su formación, sus aptitudes, sus gustos y sus posibles afectos, para luego analizar, desglosar y escarbar sobre el tema de la *arquitectura de lugar* sobre dos obras de Martínez inscritas dentro de la llamada *arquitectura orgánica*.

Un texto académico que teme dejarse llevar por su propia voz y requiere de múltiples teóricos; bien sustentado, pero a veces da la impresión de necesitar confundir al

auditorio para convencerlo. Le salen tantas patas al gato que semeja araña y la teoría y sus reinterpretaciones aturden.

La semblanza de Martínez Sanabria se inicia en su nacimiento en España, los problemas políticos y el viaje de su familia a Francia, la llegada a Colombia con su padre invitado por Eduardo Santos y su ingreso a la Universidad Nacional de Colombia, donde fue un alumno ejemplar;

[...] dilucidar los aspectos más importantes de su trayectoria, reseñando especialmente aquellos acontecimientos (estudios, ambiciones, conflictos, medio social en el que se desarrolló, trabajo, relaciones, anécdotas, entre otros) relacionados con el ambiente arquitectónico en que su obra fue desarrollándose progresivamente hacia el organicismo que se le atribuye entre finales de la década de los cincuenta y principios de la década de los sesenta. [pág. 31]

Además de talentoso y estudiante aventajado, Martínez tuvo la ventaja de ser alumno de Jorge Arango Sanín, Luis de Zuleta, Gabriel Largacha, Leopoldo Rother, Julio Carrizosa Valenzuela, Vicente Nasi, Bruno Violi y Karl Brunner, entre otros. Recordemos que en ese momento empezaba el auge de “la modernidad”, varios estudiantes se agolparon en el aeropuerto El Dorado y luego en el teatro Colón para dar vivas al maestro Le Corbusier, entre otros Rogelio Salmona, Germán Samper y el mismo Martínez Sanabria a quien el maestro le convidó a trabajar con él, invitación que al parecer el joven declinó y tiempo después:

La carrera profesional de Martínez Sanabria como arquitecto comenzó con su vinculación a la Oficina de Inmuebles Nacionales del Ministerio de Obras Públicas [...] donde, bajo la dirección de los urbanistas internacionales, Paul Wiener y José Luis Sert [...] y en equipo con los arquitectos

Luz Amorocho, Eduardo Mejía, Edgar Burbano, Gonzalo Samper, Hernán Vieco, entre otros [...], colaboró en el diseño del plan urbanístico y de reconstrucción de la nueva ciudad de Tumaco, a fin de reconstruirla. [...] Este plan se ceñía estrictamente a los principios de la Carta de Atenas promovida por los CIAM de 1933 [...]. [pág. 38]

El autor sigue los pasos de Martínez, quien se retiró de la órbita corbusiana para “concentrarse principalmente en la obra del arquitecto finlandés Alvar Aalto” y a partir de 1957:

[...] cuestionó los postulados del racionalismo, símbolo, en ese momento, de modernización a nivel mundial [...] Martínez Sanabria consideraba que para una arquitectura nacida en un país de artesanos, la industria no debía reemplazar la mano de obra. De esta manera propuso un camino aparte del propuesto por el racionalismo, el cual implicaba el abandono de lo que para él representaba un auténtico “manual” que cualquiera podía aprender y asimilar: el ‘corbusianismo’ [pág. 39]

Hasta ahí clarísimo todo, muy agradable. Ahora bien, para no extendernos sigamos adelante. Una vez presentado el arquitecto el autor se encamina por los nuevos senderos que se están planteando en Colombia por entonces en cuanto a posturas arquitectónicas y concepto de ciudad, para luego adentrarse en las definiciones de lo orgánico en la arquitectura a partir de teóricos de la estética, historiadores, pensadores y realizadores de la arquitectura moderna.

Antes de seguir considerando el material que constituye la base documental que aquí se examina, es preciso destacar el nombre de dos arquitectos que de una u otra forma fueron líderes en la conceptualización de la arquitectura or-

gánica; ellos son Frank Lloyd Wright y Bruno Zevi, quienes mediante sus obras y publicaciones sentaron las bases para una discusión sobre lo orgánico en la arquitectura [...]. [pág. 55]

Se suceden Bruno Zevi, Lloyd Wright, el organicismo, Norteamérica, Europa, el racionalismo, el contextualismo, el mecanicismo, entre otros; sus propuestas, los conceptos, la trascendencia, las interpretaciones y reinterpretaciones (del autor), la mirada, y un mundo complejo de conexiones, eventos paralelos, tiempos y acciones, para situarlas dentro del contexto latinoamericano y la aparición del término *orgánico* en la Colombia de los años sesenta.



Así, entonces, sobre la base de los teóricos, sus propuestas y las contrapropuestas, los diversos contextos y las proposiciones, el autor entra ya en materia para analizar, sobre esta base (las veinticinco patas del gato), las casas Wilkie y Calderón de Martínez Sanabria. La tesis del autor, a mi parecer se resume entonces en este capítulo:

Suponer, en definitiva, que la obra de Fernando Martínez Sanabria sea la búsqueda de un “sentido de lugar” encauzada por la acción del hombre y no por “principio vital” de los organismos de la naturaleza, implica enfrentarse a la experiencia del habitar humano, lo que para efectos

del presente estudio es un exponerse a la experiencia misma de la obra, cuyo propósito es su redescubrimiento a través de un acercamiento directo, el cual exige una mirada, no sólo a partir de la crítica, sino precisamente a partir del diálogo directo que con la obra pueda establecerse [...]. [pág. 112]

Pero todavía no hemos llegado a las casas ni a la mirada. El autor revisa el modelo teórico, la experiencia desde el conceptualismo, la experiencia del mundo mediante la imagen, explicado desde diversos puntos de vista y la selección de una imagen desde otros puntos de teóricos. Aún las casas no se ven, porque aparece Bergson con todo su soporte filosófico; luego una explicación de la imagen plástica, la afección, la empatía y, por fin... un colibrí se posa en una rama y el cielo, la terraza, y la vegetación, todo el significado del contexto y el lugar en la creación; el diseño del arquitecto y los materiales, la luz, su intención, pasado por los mil y un tamiz de las distintas interpretaciones y las diversas visiones.

Es extraño que la academia, no sólo en el campo arquitectónico, continúe siendo la mirada de las miradas, traje teórico para poder acercarse al mundo. Los ejemplos de arquitectura moderna en Colombia, arquitectura realizada por arquitectos nacionales, formados en nuestro país, ejemplos valiosos y propuestas interesantes, han desaparecido de manera vertiginosa. La gran mayoría de casas del barrio El Chicó en Bogotá, trazado en los años cincuenta, han sido demolidas; el conjunto del mismo Martínez Sanabria sobre la carrera séptima amenaza ruina, además de haber sido mutilado en parte, en La Cabrera y el Retiro no conservan más de dos casas, Santa Teresita en Cali mantiene si mucho dos inmuebles, en fin. Si bien a partir de los años cincuenta en Bogotá las propuestas de la modernidad cambiaron la faz de la ciudad, no siempre para bien, es increíble que quede tan poco. De nada nos sirvieron las “conceptualizaciones”.

Sin lugar a dudas, este trabajo servirá a muchos para acercarse a la arquitectura de lugar, es una tesis muy trabajada y seria; el tema de moda en la actualidad vuelve a ser la relación de la obra arquitectónica con el lugar. No sé si faltaría, sin embargo, un compromiso mayor de la academia con el futuro de nuestras ciudades, es decir, con nuestra realidad y con nuestro pasado, más acá de las corrientes y lejos de las teorías.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

La historia del parque

De plaza Mayor a parque Berrío

José María Bravo Betancur

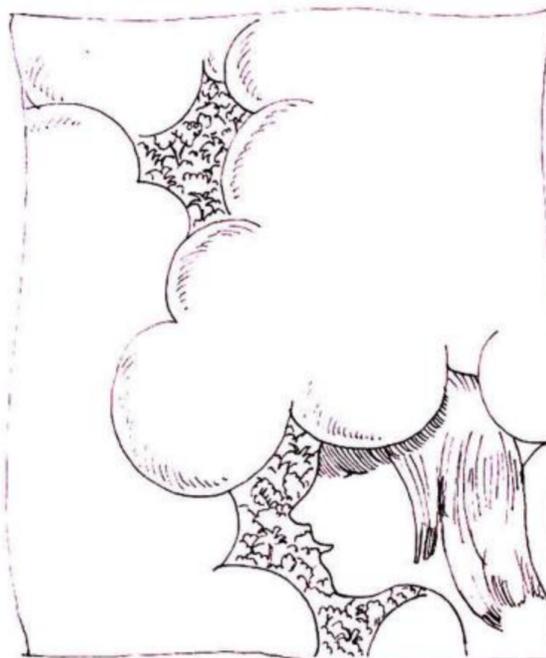
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2007, 176 págs.

En Colombia aún hay cupo suficiente para investigaciones sobre la evolución de las ciudades, ante todo porque cada día hay menos patrimonio construido, lo que hace más difícil narrar una ciudad e intentar reconstruir su pasado. A esta incapacidad se le suma, y con más fuerza, la ola creciente de desplazados que llegan a diario a ciudades ajenas, a quienes les es imposible regresar a su tierra, ese lugar de donde fueron arrancados a sangre y fuego. Somos un país que prefiere negar su pasado y que será entonces incapaz de escribir futuro.

Recetas olvidadas, ingredientes que ya no existen, territorios que no se reconocen, calles ajenas por completo, edificios que nada dicen, multitudes comprando en centros comerciales de varios pisos en antaño terrenos baldíos. Las ciudades continúan creciendo sin ton ni son, barrios enteros desaparecen, crecen edificios enormes y transparentes, pueblos hermosos buscan parecer ciudades modernas, árboles frondosos

caen para dar paso a nuevos lenguajes con diversos materiales.

La Universidad Eafit le publica este libro al profesor y amante de la música, miembro de la Academia Antioqueña de Historia y de la Sociedad Antioqueña de Ingenieros y Arquitectos (SAI). Alrededor del parque Berrío, antaño plaza Mayor, se va tejiendo la historia de una ciudad, su evolución y transformaciones.



El parque Berrío sigue siendo el centro urbano principal de la ciudad, localizado en ese espacio geográfico comprendido entre las carreras y las calles 50 y 51; allí sigue latiendo el corazón de la ciudad, con todos sus traumatismos propiciados por las invasiones progresivas que ha tenido del mercado público, del tranvía eléctrico, del vehículo automotor. Más recientemente, de la economía informal con sus ventas ambulantes y del tren metropolitano, pero se ha buscado que este parque no pierda vigencia después de la reestructuración que recibió en los últimos años. [pág. 12]

La pérdida del patrimonio construido y parte de la destrucción de Bogotá no comenzó, como afirman algunos, tras las revueltas y los incendios del 9 de abril de 1948; antes, siempre hubo alguna disculpa para derrumbar porque: era herencia española, no era moderno, estorbaba, era feo, poco higiénico,

por inútil, en fin. La destrucción comenzó a partir de los años cincuenta con la disculpa de la modernidad, en los años setenta por el *boom* de la construcción, en los años ochenta por el narcotráfico, en el siglo XXI porque ya no cabemos. Al contrario de lo que acontece en muchas ciudades europeas, los bogotanos no podemos tener hitos de referencia, porque el cambio es permanente, no necesario, pero sí destructivo y muy de la mano del empuje del dinero y la necesidad de fachadas brillantes. Cali, Medellín y Barranquilla sufrieron la misma terrible enfermedad: han demolido barrios arquitectónicamente hermosos y bien planeados, los cuales narraban un devenir, alojaron generaciones muy importantes y conformaron ciudades que daban sus primeros pasos como urbes.

Bravo Betancur cita entonces, y muy a propósito, al historiador Eric Hobsbawm, profesor de la Universidad de Cambridge:

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX.

En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final del siglo, crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven [...] [pág. 12]

Cada vez es más usual, además, en las nuevas generaciones y unido a las teorías de “la nueva era” que se debe “vivir el hoy, sin ataduras, sólo el presente”; por tanto, mirar atrás, recordar o añorar, es considerado sinónimo de debilidad.

Es interesante, como hilo conductor narrar la historia de la plaza Mayor, el corazón de una ciudad, punto comercial, marco de los poderes, lugar de reunión, para de allí narrar la evolución de una urbe, los cambios